VERDURAS PARA DESAYUNAR

A medida que me acerco a la cocina me temo lo peor. Entro y veo a mi Madre tan estirada como siempre, delgada o, mejor dicho, flaca y con ese gesto serio y eterno a la vez en su rostro. No exagero lo más mínimo cuando digo que jamás he visto sonreír a mi Madre, me refiero a una de esas sonrisas sinceras y espontáneas. Está preparando café en una de esas cafeteras con capsulas que están tan de moda cuando entro en la cocina. Mi Padre permanece sentado frente a la mesa, sujetando el periódico tan arriba que oculta su rostro.

Podría ser otro y no me daría ni cuenta.

Doy los buenos días y mi Padre me contesta desde su escondite con un escueto hola. Me siento frente a él y me dispongo a servirme un bol con cereales cuando mi Madre me lo arranca de las manos en un gesto que raya la violencia, con sus uñas de bruja me ha raspado el canto de la mano y me planta delante un plato cubierto con papel de aluminio. A sabiendas de lo que hay en el interior, miro a mi Madre en silencio, suplicando con la mirada. Su respuesta es tan simple como contundente. Retira el papel y deja al descubierto un plato con acelgas, judías y toda clase de verduras. ¿Las judías son verduras?... Bueno da igual si lo son o no, están asquerosas.

Esta vez miro a mi Padre que para no romper la rutina, me ignora por completo.

-Hasta que no te comas la cena no habrá desayuno -me ordena mi Madre.

Contengo el aliento y levanto la vista del plato y observo de nuevo a mi Padre en busca de ayuda. Esta vez baja el periódico ligeramente y me mira con indiferencia, casi con desprecio. Después vuelve a concentrarse en sus quehaceres matutinos; beber café y leer el diario en silencio.

Mi cabeza se inclina con violencia hacia delante. La sonora colleja que me ha arreado mi Madre provoca que mis ojos se enrojezcan.

-Hasta que no te termines el plato, no comerás nada más -insiste.

Me muerdo el labio, lo hago con tanta rabia que no tardo en darme cuenta que un hilillo de sangre me resbala por la comisura. Una gota cae en el interior del plato y envuelve de su color a una judía.

Mi Madre vuelve a golpearme con la mano plana sobre la cabeza, un gesto que me da mucho coraje.

-¿No me has oído? -me grita.

Agarro el plato y se lo destrozo en su chupada cara.

Mi Madre se tambalea, choca contra el fregadero y cae al suelo, más por la sorpresa de mi reacción que por la fuerza del acto en si.

Las verduras y las judías le resbalan por la cara y el pecho. Mi Padre al fin reacciona, deja el periódico y se levanta; pero yo soy más rápido y antes de que llegue siquiera a enderezar la espalda, ya le he clavado el cuchillo de untar mantequilla en la mano, atravesando la molla y la mesa. Pensé que a mis doce años me resultaría más difícil traspasar la carne.

Me doy la vuelta y me acerco a mi Madre.

Por el camino recojo unas tijeras de considerable tamaño que descansaban sobre una tabla de madera, junto a unas zanahorias troceadas y más verduras.

Mi Madre se arrastra con la cara destrozada y cubierta de cristales y legumbres, hasta que clavo mi rodilla en su espalda y le ensarto las tijeras en la base del cráneo. Ya no me sorprende la contundencia de mi brazo.

Satisfecho, me incorporo y me acerco de nuevo hacia mi Padre, que lucha por liberar su mano que ha quedado atrapada entre el cuchillo y la mesa. Esbozo una sonrisa al descubrir que está llorando.

Agarro un rodillo de madera y le dedico una sonrisa sincera antes de golpearle con violencia. Me dejo llevar, casi como él, con indiferencia. Jirones de piel y sangre se desprenden de su cuerpo y me salpican.

Al principio me molesta, luego le pillo el gustillo e incluso abro la boca para recibirlos cuando mi nuca es sacudida por otra fuerte colleja.

Levanto la cabeza aún con la boca abierta y observo a mi Madre plantada a mi lado.

-¡Ya te has vuelto a quedar en el limbo! Come o te quito el ordenador.

Aparto la vista de ella, pero aun así agarro sumiso el cubierto. Me llevo la primera de muchas cucharadas de verdura a la boca. La digiero con repulsa, sin embargo continuo con la siguiente. Mi Madre, por fin, abandona su pose de vigilante y se sienta en la mesa a desayunar en familia.